

*Combate.—Cien mil indios contra doscientos veinte soldados españoles.—Los perros auxiliares.—Margarita y Buil.—Impuesto exigido á los indios.—Su desesperacion y su venganza.—El comisario Aguado.—Partida de Colon á España.—Efectos del hambre á bordo.—Regreso de Colon.—Preséntase á sus jueces.—Su justificacion.—Armamento de otra flota.—Las tortugas del Cabo Verde.—Paso de la línea.—Desesperacion de los equipajes.—Los micos del Orinoco.—La boca de dragon.—Una corona de oro en la cabeza de Colon.—Fundacion de la ciudad de Santo Domingo.—Rebelion del juez Roldan.—Expedicion de Vasco de Gama.—Descubre nuevo camino para las Indias orientales.—Expedicion de Ojeda.—Américo Vespucio da su nombre al nuevo mundo.—Descubrimiento del Brasil por Cabral.*

Hemos trazado hasta ahora escenas de que la humanidad no ha tenido que lamentarse; hasta ahora la grandeza de la empresa concebida por el genio y

ejecutada por la perseverancia, la gloria de este maravilloso descubrimiento, que abria nuevos caminos al comercio y á la navegacion, hacian olvidar cualquier exceso cometido por los conquistadores del nuevo mundo. Al seguir en sus aventuras á los españoles y á su ilustre jefe, no quedaba tiempo de apreciar ciertos hechos aislados, en los que un atento exámen descubriría ya los graves é infalibles síntomas de la larga y sangrienta expiacion del descubrimiento de la América.

He aquí llegado el momento en que cesan las falaces ilusiones de la gloria y el envanecimiento del triunfo: la hora postrera ha sonado para vencidos y vencedores, y el nuevo mundo va á ser el teatro de tragedias sangrientas, de lúgubres dramas en que la codicia representará un papel abominable. ¡Dichoso el historiador cuando, fatigado con el espectáculo de los horrores y crueldades que hacen tan penosa su tarea, pueda hallar de vez en cuando para su consuelo algunas virtudes y acciones generosas! ¡Dichoso una y mil veces cuando entre los dominadores del pueblo americano, encuentre un cristiano digno de este nombre, un amigo de la humanidad!

Los dos ejércitos avanzando uno contra otro, llegaron á encontrarse, y esperaron la señal de sus jefes para empezar el combate: ¡momento terrible que decidirá de la vida de los españoles ó de la libertad de un pueblo! Por una parte están reunidos cien mil indios, armados de sables de madera, mazas, lanzas y de flechas, cuyas puntas están formadas de es-

pinas de pescado y pedernales; por la otra solo se cuentan doscientos infantes y veinte ginetes, con algunos indios auxiliares mandados por Guakanahari. La desproporcion es enorme; pero si los españoles no tienen la ventaja del número, la suplen con su táctica y la superioridad de sus armas: tienen además los caballos, y hasta una trahilla de perros de presa, para soltarlos contra los indios desnudos, lo mismo que se sueltan contra los javalies y otras fieras en las cacerías de Europa. Así por ambas partes las ventajas eran casi iguales, y era difícil prever el resultado de la batalla.

Colon resolvió diferir el ataque hasta la noche, esperando que las tinieblas aumentarían el espanto que un ataque brusco é imprevisto debía causar á los indios. Como esta era buena idea, pasaron á ejecutarla, dividiendo el pequeño ejército en tres cuerpos al mando del almirante, su hermano Bartolomé y el cacique Guakanahari. En el momento en que los indios se abandonaban á una fatal seguridad, cayeron sobre ellos, y el furor, los gritos de los españoles, el ruido de la mosquetería, el relinchar de los caballos y los ladridos de los perros les infundieron tal espanto, que después de una corta y débil resistencia se entregaron á la fuga. Unos perecieron á impulso del plomo ó del hierro enemigo, otros fueron atropellados por los caballos, despedazados por los perros ó hechos prisioneros, y la mayor parte se dispersó en los bosques.

La victoria pronunció el fallo que condena todo

un pueblo á la sujecion de los europeos, haciéndole humillar su cerviz al yugo y resignarse á todos los padecimientos de una horrible esclavitud. Colon aprovechándose de su triunfo, recorrió todo el país, donde nadie le hizo resistencia, sometiéndose en todas partes á su autoridad. Pocos meses le bastaron para dejar establecida y asegurada en aquella isla tan poblada la dominacion española.

Hasta ahora la conducta de Colon ha sido digna de nuestro aprecio y admiracion, acompañándole nuestra viva simpatía en sus arriesgadas expediciones al través del Océano; pero como hombre al fin, debe pagar su tributo á la humana flaqueza.

Los dos enemigos mortales del almirante, Margarita y el padre Buil, habían vuelto á España. Colon no penetraba sus intenciones; sabia que la envidiosa saña de estos dos hombres no retrocederia ante ningun obstáculo para rebajar su mérito, para calumniar sus operaciones; y para desacreditar el resultado de sus descubrimientos en la corte de España, cuya natural suspicacia era la mas á propósito para acoger las péfidas insinuaciones contra Colon. Debía por lo mismo conjurar y libertarse del nublado que amagaba su cabeza, y no podia conseguirlo sino enviando á la corte de España brillantes muestras de aquellas riquezas que en virtud de sus promesas con tanta ansia se esperaban. Para cumplir estas promesas y satisfacer la ansiedad y codicia de la corte, tuvo Colon que recurrir al medio de imponer contribuciones á los indios. Previno á los

que habitaban en los parajes donde habia oro, que le trajesen cada tres meses cierta cantidad de este metal, y los demás tenian que traerle en el mismo plazo veinticinco libras de algodón. Esto era mas de lo que podian dar aquellos infelices, acostumbrados desde su infancia á una vida indolente, y para quienes era insoportable el trabajar como esclavos á fin de presentar el oro y el algodón, productos que debian disminuir de dia en dia en virtud de las exigencias del almirante. Quisieron sustraerse á la cruel necesidad de un trabajo que superaba sus fuerzas, y dirigieron sus quejas á Colon; pero este se mantuvo inflexible, y sus soldados exigieron con rigor el cumplimiento de sus órdenes.

Para libertarse de un yugo insoportable, los pobres indios aconsejados de su desesperacion tomaron una resolucion extraordinaria. Exagerándose la voracidad de los españoles, creyeron que si cesaban de sembrar sus campos de maíz y de cazabe, los obligarian por el hambre á salir de la isla. Hasta destruyeron las semillas ya confiadas á la tierra, y de comun acuerdo se retiraron á montañas inaccesibles, donde se alimentaron por algun tiempo con frutos silvestres. Este recurso no tardó en faltalles, y entonces ellos fueron los primeros á sentir los efectos del hambre que deseaban sufriesen los demás. El hambre engendró epidemias que aumentaban el número de las víctimas, y los que escapaban de esta doble plaga quedaban tan débiles, que no podian soportar el trabajo que de ellos se exi-

gia. En cuanto á los españoles, la desesperada resolucion de los indios les causó serias inquietudes y aun algunas privaciones; mas despues tomaron el partido de cultivar lo que los indios abandonaban, y las nuevas provisiones que llegaban de España los preservaron del hambre, convenciendo á los indios de que por este medio no podian sustraerse de su dominacion.

Llegábale á Colon tambien el momento de padecer, porque habia estallado la tempestad que desde lejos le amenazaba. Margarita y el padre Buil habian conseguido el objeto de su viaje á España, habian trazado un cuadro tan triste y desanimador de las tierras descubiertas por Colon, habian presentado su conducta bajo un aspecto tan odioso, que la corte no pudo menos de concebir algunas sospechas. Decidióse enviar á las Indias occidentales un comisario que debia examinar el estado de las cosas, lo mismo que la conducta del almirante, y presentar su informe al rey de España.

Una comision tan importante exigia tanta probidad como conocimientos; pero el comisario elegido por Fernando no tenia ni una cosa ni otra. Era un tal Aguado, gentil-hombre de cámara de la reina, propuesto por los enemigos de Colon, para que cómplice de su odio, favoreciese sus proyectos contra el almirante.

Apenas este hombre, ufano con la autoridad de que estaba revestido, llegó á la isla Española, cuando afectando el tono y los modales de un superior

para con el almirante, tuvo empeño particular en humillarle con su desden é insultante menosprecio. Invitó á todos los que se creyesen agraviados por Colon, para que viniesen á su tribunal á pedir justicia. Provocó, acogió con ansia todas las acusaciones contra Colon, sin someterlas á las debidas pruebas, por que no deseaba otra cosa mas que acumular agravios en virtud de los cuales condenasen á Colon, cuya pérdida habia jurado.

Paciencia tenia Colon, y mas de una prueba habia dado de su constancia y longanimidad, y á pesar de todo, no pudo resignarse á sufrir las humillaciones de que Aguado le colmaba. Resolvió partir á España, para informar y someter su causa á la justicia de los reyes don Fernando y doña Isabel, cuya buena fe habian sorprendido. Antes de embarcarse, nombró á su hermano Bartolomé, adelantado ó vice-gobernador, para que mandase en la isla durante su ausencia. Por desgracia estableció como jefe de la justicia á un hombre indigno de tan altas funciones y que debia abusar de la autoridad que le conferia el almirante: este hombre se llamaba Roldan.

Creyendo llegar mas pronto al término de su viaje, Colon navegó rectamente hácia España. Todos los marinos saben hoy dia que los vientos alisios, que en estos parajes vienen siempre del Este, hacen dificultosa la navegacion, y que para evitar los vientos contrarios, los navíos que vuelven á las Indias occidentales deben á lo primero dirigirse hácia el

Norte. Colon ignoraba todo esto, y su marcha era tan lenta en la direccion en que se obstinaba su inesperienza, que al cabo de tres meses todavía se encontraba en alta mar, con las provisiones agotadas considerablemente. Fué indispensable acortar la racion todo lo posible á los hombres que venian embarcados, y Colon para evitar quejas y murmuraciones, se sometió á las mismas privaciones que el último de sus marineros.

La tripulacion, cuya rabia era escitada por el hambre, concibió la horrible idea de deshacerse de los indios que venian á bordo, arrojándoles al mar, para no tener que partir con ellos los pocos víveres que habian quedado. Colon, siempre fiel á los principios de humanidad que eran la norma de su conducta, contuvo á los frenéticos contra los indios, y les hizo ver que estos eran hombres como ellos y que participando de sus padecimientos, debian tambien tener su parte en el resto de las provisiones. Así consiguió avergonzar á los autores de aquel execrable proyecto, hasta que llegando á las costas de España, pudo Colon presentarse al tribunal que debia fallar entre él y sus acusadores.

Presentóse á sus jueces con noble entereza, con la seguridad que infunden una causa justa y una conducta irreprochable. Pocas palabras le bastaron para justificarse: sus jueces se avergonzaron de haber prestado oídos á la calumnia, y Colon absuelto, hizo callar de nuevo á sus enemigos. El aborrecimiento emudeció ante este solemne triunfo del genio y

de la gloria, y cuando ostentó á vista de la corte los tesoros que habia traido, Fernando y su esposa, con los nuevos honores que prodigaron á el almirante trataron de hacerle olvidar los perjuicios de una acusacion fácilmente acogida.

Apresurábanse por lo mismo á concederle cuanto pedia y aceptar todas sus propuestas con el mismo entusiasmo de su primer regreso á España. Quería ante todas cosas que el gobierno garantizase la subsistencia de la colonia fundada en la isla Española, enviando muchos labradores y artesanos de todas clases, para que la colonia pudiese bastarse á sí misma y subsistir con sus propios recursos. Esta medida tan sabia fué aprobada por el gobierno; pero otra propuesta que Colon sometió al rey Fernando no hace honor á la perspicacia del almirante, y fué un grave error, cuyas consecuencias debian ser funestas á los países nuevamente descubiertos.

Como se temía que la considerable emigracion de colonos al nuevo mundo llegase á despoblar la España, aconsejó al gobierno que trasportase á la Española todos los malhechores sentenciados á la pena capital ó á galeras, para que se empleasen en beneficiar las minas de oro. Aprobado este consejo, no solo se sacaron de las prisiones todos los criminales detenidos en ellas, sino que se previno á los tribunales que en lo sucesivo condenasen á ser trasportados á las Indias occidentales á cuantos mereciesen penas de consideracion. ¿Cómo un hombre que en tantas ocasiones habia dado pruebas de sa-

biduría y de habilidad, cómo es que Colon, tan celoso por la futura prosperidad de los establecimientos españoles en el nuevo mundo, no calculó el germen de confusion y desórden que iba á introducir la llegada de unos hombres corrompidos, y el poblar una colonia con criminales de toda especie?

Aunque eran perentorias las órdenes del monarca para el pronto abastecimiento de la flota, todavía le retardaron las intrigas de los enemigos del almirante. Al cabo de un año apenas estaban abastecidos los dos navíos que debian llevar á la colonia los víveres y otras provisiones que tanto necesitaba, y cuando al fin estos dos navíos salieron para la Española, volvió á pasar otro año antes que pudiera hacerse á la vela la escuadra en que Colon iba á emprender sus nuevos descubrimientos.

Colon al embarcarse para esta nueva expedicion, siguió nuevo rumbo con la esperanza de encontrar por fin el continente que suponía fuese la India. Al llegar á las Canarias continuó navegando en la misma direccion hasta las islas del Cabo Verde, descubiertas por los portugueses; pero al alejarse de Canarias envió á la isla Española la mitad de la escuadra, con órden á los capitanes de los navíos de que acelerasen su marcha para llevar socorros á la colonia. Colon pasó mas allá de la *Isla de la Sa*, la primera de las del Cabo Verde, y ancló cerca de una islita estéril donde los portugueses han establecido un hospital para los leprosos.

La fundacion de un hospital en semejante paraje

era debida á una circunstancia singular: las muchas tortugas que vienen de la costa de Africa á depositar sus huevos en la arena de la costa de esta isla, se dejan coger fácilmente, porque una vez volteadas de espaldas, ya no pueden levantarse. La carne y sangre de estos animales anfibios se empleaban como remedio eficaz y probado contra la lepra, una como alimento y la otra para lavatorios. Además de las tortugas, se encontraban en la isla muchas cabras, que se habian multiplicado extraordinariamente desde que un portugués habia llevado ocho de Europa. Por lo demás, no se encontraban árboles ni agua dulce, y los leprosos tenian que beber la llovediza que recogian en el suelo. No es, pues, de extrañar que Colon solo encontrase allí siete personas completamente sanas.

Desde allí determinado á no volver la proa al Oeste sin haber llegado al ecuador ó la línea, ese círculo imaginario que divide la tierra en dos partes iguales, siguió navegando al Sur; pero cuando llegó al tercer grado de latitud setentrional, una profunda calma paralizó la marcha de los navios. Al mismo tiempo los rayos de un sol abrasador caian á plomo sobre los hombres de la tripulación y los aplanaban con un insoportable calor que rajaba los toneles, corrompia el agua y los víveres. El terror y la desesperacion reinaban en los navios, tan ardientes que se temia que estallase en ellos un incendio. Para colmo de desdichas, en aquellos momentos de crisis y espanto para los equipajes, Co-

lon empezó á sufrir los vivos dolores de la gota, consecuencia de sus fatigas y vigiliass.

Al fin el cielo, apiadado de tantos padecimientos, envió una lluvia tan abundante, que era casi imposible estar sobre cubierta. Esto en poco disminuyó el calor sofocante; pero al menos los españoles pudieron renovar su provision de agua. Cesó tambien la calma que encadenaba en cierto modo los navios y la esperanza volvió á renacer en aquellos hombres, cuya vida iba á extinguirse entre las convulsiones de una larga agonía. Suplicaron entonces á Colon que renunciase á su proyecto de navegar hácia el Sur, y vencido por sus instancias se dirigió hácia el Oeste.

Después de algunos dias de navegacion, los gritos de ¡tierra! ¡tierra! resonaron en las gaviass y fueron repetidos por las tripulaciones. La isla que aparecia en el horizonte se presentaba en forma de tres montañas, por cuyo singular aspecto se le dió el nombre de Trinidad que hoy conserva. Está situada cerca del desembocadero del Orinoco, donde se encuentran micos muy raros que se pillan del modo siguiente. Cuando los cazadores divisan algunos de estos animales en lo alto de un árbol, colocan al pié una vasija en la que han puesto maíz. Apenas se han apartado de allí, baja un mico del árbol y mete una mano en la vasija, de donde no puede sacarla con el puño cerrado porque le tiene lleno de maíz. Vienen entonces los cazadores y pillan al animal, cuya golosina es tal, que antes se deja coger que soltar el maíz que tiene agarrado.

El Orinoco es un río que á cierta distancia de Trinidad, desemboca en el mar con tal ímpetu, que hace muy peligrosa la navegacion. Las olas aglomeradas chocan y se estrellan unas con otras, y desgraciado el navío que se deja arrebatarse por aquel torbellino, porque se espone á ser hecho pedazos. Las naves de Colon corrieron este peligro, envueltas en aquella lucha espantosa de las olas, tan pronto levantadas hasta el cielo, tan pronto hundiéndose en el abismo.

Colon necesitó toda su habilidad para salir de aquella posicion, por un estrecho tan horrible, que le llamó *la boca del Dragon*, y está situado entre Trinidad y la costa de Cumana, que forma parte de la Tierra Firme. Colon habia por consiguiente descubierto el continente de América, y la vista de un río tan caudaloso como el Orinoco, saliendo de aquella tierra, le habia convencido de que no podia ser una isla.

No dudando de que por fin habia encontrado el continente americano, siguió el rumbo al Oeste á lo largo de la costa, á la que bajó varias veces. Los habitantes que halló eran parecidos á los de la isla Española, de los que se distinguian sin embargo, por su inteligencia, valor y blancura de su cutis. Su adorno se componia de hojas de oro y de perlas que cambiaban con gusto por juguetes de Europa. Uno de ellos se acercó un día á Colon y quitándole la cajeza su gorra de terciopelo carmesí, le puso una corona de oro. Suponiendo con algun fun-

damento que fuese un cacique, Colon le manifestó mucho agrado y le hizo regalos.

Los indígenas se rodeaban á la cabeza un pañuelo de algodón de diversos colores; otra pieza de la misma tela les cubria por delante desde la cintura á las rodillas, llevaban una larga cabellera y usaban arcos, flechas y escudos.

Colon deseaba explorar lo interior del país; pero su mala salud y las averías de sus navíos le obligaron á volver á la isla Española. Navegando hácia ella, descubrió la isla Margarita, celebró despues por la pesca de perlas, y llegó por fin á su colonia, donde esperaba gozar algun descanso despues de las penosas fatigas de tan largo viaje. Pero este momento de reposo estaba aun lejano para Colon: nuevas pesadumbres y peligros le esperaban en la colonia donde dejó á su hermano Bartolomé, y su valor y su salud van á verse sometidos á otras terribles pruebas.

Durante la ausencia de su hermano, Bartolomé habia conducido los colonos de la Isabela á otro paraje preferible bajo todos aspectos al que abandonaban, y habia echado los cimientos de una ciudad, á la que habia dado el nombre de Santo Domingo, en honor de Domingo su padre. Esta ciudad, floreciente hoy día, ha sido por mucho tiempo una de las mas considerables de las Indias occidentales y ha dado su nombre á toda la isla.

Cuando Bartolomé hubo terminado el establecimiento de esta nueva colonia, se dirigió con parte

de su gente, hacía los parajes de la isla en que el almirante no había penetrado aun, con el fin de visitarlos, y dejó al gran juez Roldan en Santo Domingo con el resto de las tropas. Este hombre correspondió á la confianza del gobernador con la mas negra ingratitud: buscando medios de perder á los dos hermanos y apoderarse de la autoridad esclusiva en la isla, encontró la ocasion oportuna en la partida de Bartolomé y en la distancia de Colon, esforzándose con sus pérfidas intrigas á rebelar contra ellos los españoles que mandaba. Consiguió en efecto interesar á la mayor parte en sus proyectos y hacerles cómplices de su ambicion criminal. Hizo que le eligiesen por jefe, y tomando las armas contra el adelantado, se apoderó de todas las provisiones y aun trató de hacerlo del fuerte construido en Santo Domingo. La vigilancia del comandante, fiel á su deber, hizo malograr esta tentativa, y Roldan con los españoles comprometidos en su rebelion tuvo que retirarse á otros parajes de la isla. Dedicáronse entonces á reclutar partidarios entre los indios que en ella habitaban, y se dieron tan buena maña con sus pérfidas sugerencias, que en breve tiempo toda la isla reconoció el dominio de Roldan.

Aun no habian llegado los tres navíos cargados de víveres que Colon habia despachado desde Canarias. Era de presumir que hubiesen perecido; pero aunque no habia llegado este caso, el almirante podia contarlos por perdidos. Las tempestades y las corrientes habian apartado á estas navas de su

derrotero, y despues de andar por mucho tiempo errantes sobre las olas, abordaron por fin á la isla Española, en el paraje ocupado por Roldan y sus cómplices. Roldan se guardó muy bien de dar parte de su rebelion á los comandantes de los tres navíos, y les hizo desembarcar parte de su gente, que se ofreció á conducir hasta Santo Domingo. Tuvo esta astucia el resultado que él se habia prometido, porque así que los desembarcados, hombres que la mayor parte salian de las prisiones de España, entendieron los proyectos de Roldan, se alistaron bajo sus banderas, porque allí habia mas esperanzas de pillaje. De este modo Colon expió, bien á costa suya, el funesto consejo que habia dado al gobierno español.

La llegada de los tres navíos, que entraron en la rada de Santo Domingo pocos dias despues del regreso de Colon, no podia servirle de mucha utilidad, habiendo desembarcado en otra parte de la isla casi todas las tropas que traia, y consumido las provisiones que estaban á bordo, durante tan larga travesía. Roldan orgulloso con su superioridad y uniendo la insolencia á la perfidia, se burlaba con sus ironías de la debilidad del almirante, privado de los medios de recobrar su autoridad.

Indignado de tan infame conducta, Colon desearde castigar á un traidor y vengar su injuria, tuvo impulso de ponerse á la cabeza de los pocos soldados que le eran adictos é ir á atacar á Roldan. Pareciale preferible la muerte en el campo de bata-

lla, al oprobio de aguantar con los brazos cruzados los ultrajes de los revoltosos. Colon, sin embargo, sacrificó sus resentimientos á los intereses de la nascente colonia, impuso silencio á su amor propio, que le aconsejaba el violento estremo de la venganza, y estremecido con la idea de una guerra civil, intentó solo por la dulzura el que los revoltosos entrasen en la senda del deber.

Su primer cuidado fué publicar un indulto general para todos los que abandonasen el estandarte de la rebelion: entró en negociaciones con Roldan, al que prometió tambien el olvido de lo pasado y conservarle en el alto destino que ejercia anteriormente. Estas negociaciones fueron muy despacio y causaron muchos disgustos al almirante; pero al fin consiguió lo que anhelaba: pudo felicitarse de haber evitado la efusion de sangre y hecho renacer la concordia y la paz en la isla, por el único medio de la conciliacion.

Despachó al instante un navío á España, para anunciar á la corte el descubrimiento de la Tierra Firme y la rebelion que habia reprimido. Enviaba muestras de las producciones del continente, que consistian en perlas, rielos de oro, telas de diversos colores de un tejido muy fino. Con esta remesa iba unido el diario ó registro en que habia anotado con rigor y exactitud el itinerario de sus embarcaciones y consignado los hechos mas notables de la expedicion. Roldan y sus cómplices enviaron tambien por su parte al rey de España una memoria en que

se disculpaban acusando al almirante, y las calumnias de súbditos rebeldes prevalecieron en el ánimo del monarca mas que la verdad fielmente expresada en el informe de Colon.

Es preciso detenerse aquí un momento, para dirigir una ojeada á otra parte del mundo, donde se verificaban sucesos de grande importancia mientras que Colon continuaba sus exploraciones y descubrimientos en las Indias occidentales.

El rey de Portugal se habia arrepentido, aunque tarde, del error que le habia hecho rehusar tan desdenosamente las ofrendas de Colon, y deseoso de reparar cuanto le fuese posible la falta cometida y de ilustrar su nombre con la gloria de una grande empresa, se decidió á hacer gastos considerables para encontrar al rededor del Africa el camino de las Indias orientales, camino que se buscaba en vano hacia ya mucho tiempo. Hizo, pues, equipar una escuadra y confió el mando á Vasco de Gama, marino que á sus profundos conocimientos y talento superior, reunia una experiencia consumada.

Como Cristóbal Colon, Gama tuvo que vencer dificultades al parecer insuperables; pero triunfó como Colon, porque tenia la firmeza de carácter, á la que nada podia distraer de la ejecucion de los proyectos una vez formados. Así en vano las costas de Africa, que iba reconociendo por primera vez, le presentan largas cadenas erizadas de rocas, porque él salva impávido sus escollos y sus bancos de arena: en vano las borrascas y los huracanes desencadenan

contra él todos sus furores para hacer pedazos sus naves construidas sin arte y sin solidez; su valor inalterable vence todos estos obstáculos, supera todas las barreras que se oponen á su audacia, y llega por fin al cabo de Buena Esperanza que es la punta mas meridional del Africa. No contento con esto, dobla el cabo, y avanzando por el lado opuesto, llega á Melinda, situada en la costa de Zanguebar.

Esperaba encontrar naciones bárbaras y salvajes como las que habia visto por las costas de Africa; mas fué agradablemente sorprendido, hallando en Melinda un pueblo cuya avanzada civilizacion recordaba la del Asia. Profesaban la religion mahometana, mantenian activas relaciones de estenso comercio con los extranjeros y aun cultivaban algunas artes de Europa.

Gama ya no dudó de la consecucion de su empresa: lleno de confianza y de audacia, volvió á hacerse á la vela, y el 22 de mayo de 1498 llegó á la costa de la India, que era el objeto de sus deseos y el término de su empresa.

Desembarcó en Calicut, en la costa de Malabar, en la península mas acá del Ganges. La riqueza del país, fértil en producciones preciosas de toda especie, la sabiduría de su gobierno regular, la bondad de sus habitantes escitaron la admiracion del jefe portugués; pero tuvo que parar allí poco tiempo, á causa de que los indios se manifestaban poco dispuestos á cambiar sus ricas mercancías por aquellas bagatelas que tanto apetecian los salvajes. Se

apresuró á volver á Europa, para anunciar á su rey el brillante resultado conseguido por la expedicion.

Ciertamente que si alguna cosa debe sorprender, es la coincidencia de las arriesgadas expediciones de los dos navegantes y la simultaneidad de su triunfo. Casi en el momento en que Colon descubria el nuevo mundo, la audacia de un navegante portugués relacionaba con la Europa otra parte del globo, ya conocida, es verdad, pero de la que los europeos habian sacado hasta entonces muy poco provecho. Desde esta época todas las riquezas de la India desembarcaban en los puertos del reino de Portugal. Tanta prosperidad escitó la emulacion de los españoles, qué á vista de los tesoros recogidos por sus vecinos, se quejaban altamente de la esterilidad y aun inutilidad de sus descubrimientos, que ni siquiera les habian indemnizado del gasto que ocasionaron.

Entonces la aficion á lejanas exploraciones se apoderó de todos los espíritus atormentados con el deseo de hacer descubrimientos: vióse entonces á reyes y repúblicas, nobles y plebeyos, rivalizar en ardor para lanzarse á esta peligrosa carrera, equipar navíos y contribuir á los gastos que exigian remotas expediciones. Uno de los españoles que habian acompañado á Colon en su segundo viaje, determinó á muchos negociantes de Sevilla á que armasen algunos navíos, poniéndolos á sus órdenes para hacer nuevos descubrimientos. Este hombre,

llamado Ojeda, pidió al gobierno permiso para emprender este viaje y le fué concedido sin consultar á Colon. El departamento de las Indias occidentales era dirigido en aquella época por el obispo de Badajoz, ministro del rey y enemigo declarado de Colon. No satisfecho el odio de este indigno ministro con humillar á Colon, no sometiéndole el proyecto y pretensiones de Ojeda, no tuvo reparo en comunicar á este último, para que le dirigiesen en su expedicion, el diario y cartas marinas del almirante.

Ojeda se asoció para la ejecucion de su empresa con un gentil-hombre italiano llamado Amerigo Vespucci, ó segun otros, Américo Vespuccio. Algunos historiadores aseguran que Américo era negociante de Florencia y que habia nacido hácia el año de 1451. Educado por Antonio Vespuccio, su tio, que dirigia una escuela frecuentada por la juventud noble de Florencia, se distinguió por su aplicacion á la fisica y ciencias matemáticas, haciéndose uno de los hombres mas instruidos de su siglo. Así es que no tardó en ejercer grande influencia sobre todos sus compañeros por el ascendiente de su esperiencia y alta capacidad. Logrando ser el jefe verdadero de la expedicion, llegó al golfo de Paria siguiendo el mismo rumbo de Colon, desembarcó muchas veces para hacer cambios con los indios, despues siguió á lo largo de la costa para cerciorarse de que aquella tierra formaba parte de un continente. Cuando ya no le fué posible dudarle, regresó á España, donde hizo valer con tanta habilidad

y fortuna los resultados de su viaje, que consiguió se echasen en olvido los derechos y los títulos de Colon al honor de un descubrimiento tan importante y tan glorioso.

La modestia es inseparable de la verdadera grandeza: el hombre de genio, el que merece realmente este nombre, es extraño á todos los cálculos de la vanidad y á las intrigas de la medianía ambiciosa: espera la gloria sin buscarla, porque la espera de la justicia de sus compatriotas ó de la posteridad.

Tal se habia siempre manifestado Colon: al dirigirse á la corte de España el diario de su viaje, no habia tenido mas objeto que el de instruirla. Nunca habia pensado en publicarle, precaviéndose de este modo contra una usurpacion que no tenia motivo de sospechar. Américo Vespuccio, por el contrario, con el orgullo de las almas mezquinas, queria obtener á toda costa un renombre que no merecia. Así, apenas estuvo de vuelta en España, esparció relaciones pomposas de sus viajes, y como estas relaciones estaban escritas con cierta destreza, se llegó á creer sobre su palabra al hombre que mientras Colon guardaba silencio, se alababa de haber descubierto el primero la Tierra Firme. Acostumbráronse á considerarlo como el verdadero autor de este descubrimiento, y arrebató de esta suerte á Colon el honor de imponer su nombre á esta cuarta parte del mundo, que fué llamada América.

Desde entonces se multiplicaron las expediciones y viajes con el objeto de descubrir nuevas tierras.

El rey de Portugal, queriendo sacar partido del descubrimiento del camino para la India oriental hecho por Vasco de Gama, mandó equipar una flota cargada de mercaderías de todas clases y confió su mando á Cabral. Conociendo éste los peligros de una navegacion á lo largo de las costas de Africa, se dirigió al Oeste al través del grande Océano. Apenas hubo pasado la línea, una violenta tempestad le arrojó á costas totalmente desconocidas. Reconoció con la mayor sorpresa que pertenecian á una tierra muy dilatada, y no á una isla, conforme habia creído á lo prinero. La casualidad habia hecho á Cabral que descubriese el rico Brasil, del que tomó posesion en nombre del rey de Portugal. Le llamó Santa Cruz en honor de la cruz que habia fijado, y envió uno de sus navíos á Lisboa para dar parte de tan feliz descubrimiento, acaecido en el año de 1500.

Facilísimo hubiera sido á Colon en su tercer viaje, seguir una costa que le habria conducido hasta las Amazonas, despues de haber descubiertos la isla de la Trinidad [1] y las bocas del Orinoco; pero siem-

[1] Colon en este y sus anteriores viajes, descubrió y reconoció muchas mas islas que las que se refieren en esta obra. Tales fueron Monserrate, Santa María la Redonda, Santa Cruz, La Mona, El Monito, Santa Ursula, etc. Hubiera reconocido muchas mas á no temer aventurarse con sus naves en los bajíos que las circundaban.—Nota del traductor.

pre dominado por la ilusion de hallar un camino á la costa oriental de las Indias, siguiendo el mar que se prolonga entre la Tierra Firme al Mediodiay la Florida al Norte, abandonó unas tentativas que tan brillantes resultados pudieran haber producido á la España. Contribuia no poco á su pronto regreso el cuidado de la naciente colonia.

Nótese al paso que el gobierno portugués, dueño del Brasil, inauguró su toma de posesion, con la misma falta que tan perjudicial debia ser á las colonias españolas. Este gobierno, tan imprudente como el de España, envió como primeros colonos al Brasil, los criminales y mujeres de mala vida de que se queria limpiar el Portugal. La corte de Lisboa no se tomaba entonces el mayor interés por este nuevo establecimiento, que tanta importancia habia de adquirir en lo sucesivo. El comercio participaba tambien de esta indiferencia, pues solo se traian maderas de tinte, micos y papagayos. Todo esto no costaba mas que los gastos de trasporte y se vendia pronta y ventajosamente en los diversos países de Europa.

Mas adelante, el gobierno señaló á algunos senores provincias enteras, esperando que tan liberal medida fuese un medio de hacer que las poblasen; en fin, puso el Brasil en arrendamiento, contentándose el rey con una soberanía casi nominal. Solo al cabo de cerca de cincuenta años fué cuando se establecieron á lo largo de la costa diversos pueblos, de los cuales los cinco primeros eran Tamara-ca, Fernambuco, Ileos, Puerto-Seguro y San Vicente.